

**Max Picard y Søren Kierkegaard : el
valor del silencio para la
transformación de la interioridad**

Catalina Elena Dobre
Universidad Anáhuac México

Resumen: Partiendo de las reflexiones originales que hace el filósofo Max Picard sobre el tema del silencio, subrayando la importancia de la presencia de éste en la vida del ser humano, y considerando las reflexiones de Søren Kierkegaard sobre el silencio como ámbito transformador de la interioridad que ayuda al individuo comunicar con Dios, en este artículo nos proponemos presentar un “encuentro” entre las ideas de ambos filósofos en torno al lenguaje y al silencio, para subrayar el valor de ambos para la transformación de la interioridad de la persona así como el valor edificante del silencio en la comunicación con Dios. Para esto haremos una breve presentación de la idea de Max Picard sobre el silencio, luego presentamos el silencio como fundamento para el descubrimiento de sí mismo en Kierkegaard, para después, tratar de comprender la importancia del lenguaje y el silencio para la transformación ético-religiosa en Kierkegaard y Picard.

Palabras claves: silencio, lenguaje, interioridad, fe, Dios.

**Max Picard e Søren Kierkegaard. o
valor do silêncio para a transformação
da**

Resumo: *Com base nas reflexões originais feitas pelo filósofo Max Picard sobre o tema do silêncio, ressaltando sua importante presença na vida dos seres humanos, e também considerando as reflexões de Søren Kierkegaard sobre o silêncio enquanto transformador do campo da interioridade, isto é, como algo que ajuda no comunicar entre o indivíduo e Deus, vamos neste artigo propor a introdução de um "encontro" entre as ideias de ambos os filósofos em torno de linguagem e silêncio, para enfatizar o valor de ambos para a transformação da interioridade da pessoa e o valor edificante de silêncio na comunicação com Deus. Para isso, vamos fazer uma breve apresentação da ideia de Max Picard acerca do silêncio, em seguida, apresentaremos o silêncio como a base para a descoberta de si em Kierkegaard, e, por fim, tentaremos compreender a importância da linguagem e do silêncio para a transformação religiosa e ética em Kierkegaard e em Picard.*

Palavras-chave: *silêncio, língua, interioridade, fé, Deus*

1. Max Picard: el mundo del silencio

Publicado por primera vez en 1948, *Die Welt des Schweigens* [El mundo del silencio], llamó la atención en especial a Gabriel Marcel quien escribe el prefacio del mismo. Para este año, Max Picard¹ era ya un autor conocido, además de que su primera obra del año 1919 [El último hombre] produjo una impresión especial sobre su amigo, en aquel entonces, Rilke. Éste último quedó muchos años pensando en el poder del silencio reflejado en muchos de sus poemas.

Si consideramos solamente el impacto que tuvo el escrito El mundo del silencio sobre Rilke, entendemos que Max Picard –hoy casi desconocido- fue un escritor peculiar, un poeta del pensar que usó su vocación para comprender la realidad trágica de nuestro mundo pero con la intención de inspirarnos en seguir en el camino de la esperanza y de la fe.

Asumiéndose a sí mismo como un libre escritor, un libre pensador que no sigue ninguna doctrina, Picard hace parte de estos pensadores “al margen de la filosofía”, continuador de Pascal, Kierkegaard, y en sintonía con amigo Lev Shestov. Como

escritor y pensador tuvo contacto con algunos intelectuales de su tiempo, como el ya mencionado Rainer Maria Rilke, Gastón Bachelard, Gabriel Marcel; con este último guardando una íntima correspondencia que se extendió entre 1947 y 1965, año cuando muere Picard. Como reconocimiento de esta bella amistad, Gabriel Marcel escribe el prefacio a uno de los libros más conocidos de Max Picard: *El mundo del silencio*.

También se sabe que en el año 1918, Reiner Maria Rilke, junto con Lou von Salomé visitan a Max Picard en Múnich. Entre el poeta vidente y este científico², convertido en poeta del pensamiento filosófico, nace una bella amistad que dura años; Rilke mismo inspirando parte de su *Elegía Duino* en la escritura de Picard, el hombre más sencillo que el poeta había conocido.

Siendo el autor de varios escritos con títulos llamativos, que reflejan preocupaciones existenciales, antropológicas y culturales como: *El hombre y el lenguaje*, *El rostro humano*, *La huida ante Dios*³, *La unión inquebrantable* etcétera, las preocupaciones de Max Picard sobre temas como el silencio, el lenguaje, Dios y el hombre, no representan una casualidad y son el resultado de un sutil diagnóstico de los tiempos que le tocó vivir, tiempos amenazador por una total decadencia y cuya única salvación era, como considera el filósofo, el regreso hacia lo espiritual.

¹ Nacido en 5 de junio de 1888 en Schopfheim, en Suiza, en una familia de origen judío proveniente del sur de Alemania, Max Picard vive hasta su madurez en relación al judaísmo, para más tarde bautizarse al catolicismo, aunque, regresando, al final de su vida, al judaísmo. En sus escritos se refleja la atracción de Picard por el tema del misterio de la encarnación, esta idea humana de Dios siendo su inquietud toda la vida.

² Se sabe que Max Picard se dedicó en una primera etapa de su vida al estudio y a la práctica de la medicina.

³ Traducida también como *El vuelo ante Dios*.



Picard desarrolla sus ideas en un ámbito filosófico dominado, en aquel entonces por la escuela fenomenológica representada, en especial por Martín Heidegger, y por el existencialismo de Jean Paul Sartre, pero también por el personalismo de Mounier, Gabriel Marcel o de Ebner. Lejos de competir con estas grandes figuras, y lejos de aferrarse a algún sistema de pensamiento, Max Picard se puede identificar en esta línea de filósofos-poetas, ya que escribe guiado por una sensibilidad mística, teniendo como fuentes de inspiración varios pensadores, pero en especial a Søren Kierkegaard, el filósofo cristiano que tocará por completo su corazón.

Ha pasado mucho tiempo desde que Picard escribía el libro *El mundo del silencio* en un momento trágico, cuando la maquinaria rugiente de la Segunda Guerra Mundial todavía hacía un terrible ruido, ofreciendo, tras su escritura, invitación a la reflexión sobre la condición humana y una vía mediante la cual era posible recuperar el sentido, el lenguaje y con él, el diálogo.

Dado esto, consideramos que es el momento, y aquí el lugar, para dar a conocer algunas ideas de su pensamiento contemplativo, místico y lleno de sensibilidad. Estas ideas tienen que ver con la categoría de silencio a la cual Picard dedica un estudio exhaustivo en el cual nos transmite la idea de que para entender cualquier realidad se necesita una atención especial, un *escuchar* de las cosas en su esencia; se necesita un *acercamiento* con las cosas, con la realidad, invitándonos a una reflexión originaria.

Antes de su acercamiento al tema del silencio, Picard escribe sobre los problemas de la modernidad en relación al vacío, a la incoherencia, a la manipulación y sobre la destrucción de las relaciones humanas, en especial, por una errónea forma de

comunicación donde falta el diálogo mediado por lenguaje y silencio.

Picard, a través del silencio, se propone recobrar tanto el sentido del existir del hombre, como el sentido del contacto vivo y directo con la naturaleza, para poder de allí sentir la tranquilidad de la existencia y el descanso del Ser, ya que para el filósofo, el silencio revela la dimensión más profunda de la realidad

En el escrito *El mundo del silencio*, a través de un estilo lleno de sensibilidad y muy poético, nos invita a contemplar y a profundizar la importancia del silencio. El libro, que nunca se remarcó por rigidez o sistematización alguna, presenta facetas diferentes de la manifestación del silencio; un tipo de “fenomenología del silencio”, que no solo limita su ámbito y manifestación a lo humano, sino también al ámbito de la naturaleza, arte arte, etcétera.

Consciente de que la mayoría piensa el silencio como una “falta de lenguaje”, Max Picard empieza sus reflexiones subrayando claramente que el silencio no se reduce a la mera “falta”, al contrario. Por eso, mediante un mensaje muy profundo transmitido con la sencillez del que se dedica a la contemplación y a la oración, afirma: “el silencio no es simplemente lo que pasa cuando dejamos de hablar” (PICARD, 1964: ix). Desde estas primeras palabras, subraya la importancia de actualizar y conscientizar la complejidad del silencio, ya que éste es un ámbito lleno de riqueza, una fuente de vida, de interioridad y consciencia.

Al escribir sobre el silencio, Picard no descuida el tema del lenguaje, ya que representa no lo opuesto del silencio sino su complemento. Continuator de otros pensadores como Heráclito que invitaba a los hombres a escuchar el *Logos*, San Agustín que nos invita a escuchar el “verbo

interior”; Pascal, los románticos y Kierkegaard, Max Picard invita al lector, que vive en un contexto ruidoso y distraído, a regresar a la fuente de la existencia, de su propia consciencia, para comprender que, en el fondo, su lenguaje primordial fue el silencio. En este sentido, y subrayando la relación entre silencio y lenguaje, la idea del filósofo suizo es que el hablar es opuesto al silencio, pero no como su enemigo, sino como su reverso; es una continuación.

En su escrito *El hombre y el lenguaje*, y siguiendo la idea de Wilhelm von Humboldt, de que el hombre no pudo inventar el lenguaje ya que el hombre es lo que es mediante el lenguaje, Picard ve el lenguaje como un regalo que le ha sido dado al hombre antes de haber empezado hablar un regalo que viene fuera del hombre pero que existe para él. Entre el hombre y el lenguaje: una relación de libertad ya que, siendo el regalo para él, puede hacer uso de este regalo como quiere. En esta relación, el silencio es el intermedio. Afirma en este sentido: “La seguridad y la calma del silencio humano proviene de la certeza de que el lenguaje siempre está esperando, listo para ser utilizado siempre que el hombre quiere” (PICARD, 1963: 2).

Para Picard el ser humano debe aprender el origen del lenguaje mediante la Palabra, una sola y única Palabra porque solo mediante ella puede el hombre comprender el silencio, refiriéndose a este silencio de donde brota la vida en su plenitud. Y, porque es fuente de vida, el silencio, así como señala Picard, es creativo y formativo, es positivo y completo. Afirma:

El silencio es un fenómeno autónomo. Por lo mismo no es idéntico con la suspensión del lenguaje. No es una condición negativa

[...]. Es creativo, como el lenguaje mismo lo es; y es formativo para el ser humano como el lenguaje es, pero no de la misma manera. El silencio pertenece a la estructura básica del ser humano. (PICARD, 1964: ix)

La palabra es como un hilo que se desenvuelve desde el silencio abriendo el camino hacia el lenguaje. Por eso conversar no significa simplemente una alineación de palabras, sino que las palabras tengan una relación de sentido de tal manera que el lenguaje mismo que se expresa crea algo que envuelve a los que comunican. Y de aquí la idea que “el verdadero hablar es, de hecho, nada más que la resonancia del silencio” (PICARD, 1964: 11). Este lenguaje que vive en el hombre, envuelto en silencio, lo eleva por encima de sí mismo y le ofrece la capacidad de escuchar.

Mediante estas ideas, Max Picard viene y propone la idea de que el fundamento del ser humano, que lo constituye y lo sostiene es el silencio. Pero debemos entender que para Max Picard, igual que para Kierkegaard como veremos, el silencio que fundamenta al hombre no es otra cosa que el silencio mismo que rodea a Dios. Por lo cual, para Picard, vivir sin silencio es vivir sin Dios, ya que el alejamiento del mundo del silencio, que constituye nuestro verdadero lenguaje, significa el alejamiento mismo de Dios. Entendemos por qué su escrito *El mundo del silencio*, es un testimonio y, a la vez, una invitación para considerar el silencio como fuente del ser del hombre; es la fuente de donde surge el lenguaje así como es el único modo de relacionarnos tanto con nosotros mismo, con el mundo y con Dios.

Max Picard empieza analizar la naturaleza de este silencio, naturaleza que es la existencia pura – sin inicio y sin fin. Por esto es que el silencio tiene una relación



tan especial y tan estrecha con todo el Ser. El Ser fundamenta su existencia en el silencio y de aquí resulta que el tiempo del silencio no es la temporalidad, pero sí la eternidad. La temporalidad es solo la ocasión para la manifestación de este silencio. En el silencio, nos dice, todo es unidad; es decir, no hay diferencia alguna entre existir y actuar porque, como el silencio es anterior y primordial, lo único que puede hacer es crear unidad. Picard afirma: “En el silencio el hombre se confronta una vez más con el inicio original de todas las cosas: todo puede empezar otra vez; todo puede ser recreado” (PICARD, 1964: 6). De aquí este carácter creador del silencio que hace que el hombre – el único ser que puede comunicar directamente con el silencio – no solo puede participar pero puede *estar con la existencia*, sentirla, *escucharla*. Sin embargo, al proyectar estas ideas, Picard tenía *in mente* las reflexiones del filósofo danés Søren Kierkegaard que logró tejer una relación excepcional entre la comunicación y el silencio. Por eso no extraña que su libro *El mundo de silencio* acaba con una cita del filósofo danés, del escrito *La enfermedad mortal*

El mundo está enfermo, la sociedad actual está enferma, y si yo fuera un médico y alguien me pidiera un remedio, un tratamiento para afrontar esta enfermedad, yo le diría: ¡crea el silencio! ¡Lleva a los hombres hacia el silencio! El mundo de Dios no se puede oír en el mundo ruidoso de hoy. E incluso si fuera blasonado con toda la panoplia del ruido para que pueda ser escuchado en medio de todos los otros ruidos, allí tendría que dejar de ser la Palabra de Dios. Por lo tanto ¡crea el silencio! (PICARD, 1964:232)

2. Søren Kierkegaard: el silencio como maestro de la interioridad

Sin la intención de entrar en detalles en cuanto todo lo que significa el pensamiento de Søren Kierkegaard, cabe afirmar que fuera de ser un filósofo existencial, teólogo y un pensador crítico, Kierkegaard se destaca también como un *apologeta del silencio* ya que es uno de los pocos pensadores que intuyó la importancia del silencio para la formación y transformación interior de a “aquel individuo” [*den Enkelte*], el ser singular que elige antes que nada ser sí mismo. No extraña, en este sentido, sus palabras al afirmar convencido que “el silencio es el camino de la interiorización, para nosotros los seres humanos comunes” (KIERKEGAARD, 1967: JP 3/985). Kierkegaard entendió muy bien que para devenir individuo uno debe elegir el camino de la interiorización para descubrir este lugar en el cual nos sentimos en casa, en el cual se entrecruzan el tiempo y el espacio y dónde reina el silencio.

Aunque Kierkegaard no escribió ninguna obra que refiera de manera directa a la idea de silencio, este último representa, sin duda alguna, un hilo conductor de toda su escritura. Es decir, aunque el tema del silencio está más presente en el escrito seudónimo *Temor y temblor*, o el discurso edificante *Los lirios del campo y las aves del cielo*, no exageremos si afirmamos que el silencio es un acompañante fiel de su propia vida y obra; una obra escrita desde el silencio y “sin autoridad” como el mismo filósofo afirma, ocultándose tras los seudónimos para guardar silencio sobre aquello que no se puede decir directamente. En una carta, confesaba en relación al silencio: “el silencio es necesario para mi vida y, precisamente a través del silencio mi vida gana su poder. Aunque quiero yo hablar, debo guardar silencio sobre aquello que es lo más importante para mí y que

determina mi vida de una manera muy profunda” (KIERKEGAARD, 1978: 167).

Kierkegaard descubre el silencio, vive desde él y se convierte en una experiencia interior edificante. El silencio representa para el filósofo también el punto de encuentro con el lector ya que, en calidad de autor invita constantemente al lector a participar en este silencio y “crear el silencio” ya que es este determinante para el descubrimiento de la interioridad. No exageramos si afirmamos que su obra es la expresión de la voz del silencio, ya que Kierkegaard no grita sus mensajes, sino que estos, siendo la expresión de los secretos de su interioridad, se revelan desde el silencio.

De aquí la construcción del método de la comunicación indirecta donde el silencio es una presencia necesaria, si se toma en consideración que es un método que implica un comunicador y un lector que debe escuchar el mensaje tras el lenguaje. Por lo mismo, para el danés, la relación entre lenguaje y comunicación se vuelve de suma importancia más porque es una relación mediada por el silencio si no, de otra manera, será una relación meramente abstracta sin tener nada que ver con la interioridad. Y, para Kierkegaard, lo que el lenguaje debe expresar en la comunicación, mediante el silencio, es la interioridad. Para esto, el comunicador debe tener el arte de crear silencio, afirmando en este sentido: “toda la comunicación termina en silencio” (KIERKEGAARD, 1967: JP 1/635).

El filósofo danés sabe que el conocimiento ya dado, objetivo y abstracto, debe ser anihilado, creando un espacio para que el lector mismo pueda descifrar el silencio, esta pausa que se desliza del lenguaje. Es el momento cuando el lector vive una transformación en un espacio singular donde la interioridad se manifiesta en su

plenitud. Por lo mismo, en contraste con el conocimiento objetivo (aquí Kierkegaard tenía *in mente* a Hegel, en especial) que siempre habla con autoridad, el conocimiento subjetivo parte de una comunicación existencial donde a través de la ironía y el silencio el hombre se acerca a la verdad porque escucha, desde el silencio, algo de esta verdad.

Para Kierkegaard, mediante el silencio, la comunicación se transforma en una obra de arte así como era para Sócrates, considerado por el danés, un paradigma de la comunicación mediante la ironía. Convencido del beneficio de la ironía para la comunicación indirecta, Kierkegaard entiende que en la ironía existe “una pausa” (VIRASORO, 1997: 158), un silencio traducido en aquel momento de reflexión de la interioridad que lleva al interlocutor a concientizar su posición en relación a la verdad.

Johannes Climacus, el autor de *Migajas Filosóficas*, nos dice que “desde la perspectiva socrática, cada hombre es para sí mismo el centro, y el mundo entero se centraliza en él, porque el conocimiento de sí mismo es conocimiento de Dios” (KIERKEGAARD, 2007: 29). Sócrates es el maestro *par excellence* porque en él se vincula esta conexión inexorable entre discurso y silencio: cuando habla, al mismo tiempo y de manera simultánea, sabe escuchar en silencio o crearlo a través de la ironía.

Sócrates sabe crear el espacio de silencio necesario para la búsqueda de la verdad; así, en calidad de maestro, él se piensa a sí mismo como una mera ocasión. Sócrates, tenía la consciencia de que, en calidad de maestro, uno no posee la verdad para enseñarla luego, al discípulo. Para Kierkegaard esta idea socrática es, como dice, una “extraña magnanimidad, rara en nuestra época, donde el pastor es algo más



que el sacristán, en la que la mitad de los hombres se cree autoridad” (KIERKEGAARD, 2007: 29). Por eso Kierkegaard se apoya en la figura de Sócrates para subrayar la ignorancia y la superficialidad del mundo en el cual vive. Sócrates, este partero de almas, como él mismo se nombraba, sabe que educar es escuchar la voz interior del otro, sabe dar espacio al otro.

En el ámbito del silencio, Sócrates sabe cultivar esta relación de espíritu a espíritu, de hombre a hombre; él pregunta con el objetivo de liberar el espíritu y determinarlo a empezar la búsqueda de la verdad. La relación de Sócrates con el otro se da a través de la comunicación, una comunicación que en sí es diálogo. Es un estar con el otro, un escuchar al otro y en esta escucha lo que se da es no solo una comunicación auténtica, sino una comprensión de sí mismo y de la verdad. En el diálogo se da la búsqueda de la interioridad; por esto Kierkegaard nos recuerda a Sócrates.

Kierkegaard, como Sócrates, es solo el partero, es el que induce la verdad, pero es el lector, el individuo, el que debe interpretar esta verdad desde el silencio que se esconde detrás del lenguaje. El lector se vuelve así un hermeneuta que abandona el conocimiento objetivo y se entrega al conocimiento desde su propia interioridad.

En este sentido Kierkegaard asume el papel de *suffleur* del teatro, el que esconde el mensaje, lo oculta, en los seudónimos, soplándolo a veces *desde el silencio*. Desde esta perspectiva consideramos que atribuye al silencio un papel fundamental: es solo a través del silencio que podemos convertirnos en oyentes. Esta idea tiene que ver con el fundamento cristiano de la filosofía kierkegaardiana reflejado en la pregunta: ¿cómo devenir cristiano? Es por eso que en el origen de sus escritos estéticos, se

encuentra una inquietud religiosa siempre oculta y silenciosa. Sin embargo, para llegar a lo religioso, el individuo debe primero aprender escuchar el silencio desde la interioridad ya que a través del silencio el hombre toma conciencia de que hay algo tan profundo, un mundo donde en silencio se revela la eternidad.

Kierkegaard, igual que San Agustín y Pascal, sabe que el silencio es el espacio donde habita Dios por eso la obligación de cada uno es transformarse en el oyente del silencio y dejarse transfigurar por él. En este sentido, subraya la “seriedad del silencio”; es decir, guardar silencio no significa el simple acto de no decir palabras. Para enseñarnos más sobre la profundidad del silencio, Kierkegaard nos invita a través de la enseñanza de los *Evangelios*, escuchar a *los pájaros del cielo y a los lirios del campo* que son los maestros del silencio porque viven una vida de silencio y no necesitan hablar para expresar su manera de ser en el mundo. Tanto el pájaro del cielo como el lirio del campo saben sufrir en silencio, alegrarse en silencio y esperar en silencio. Siendo este discurso edificante un verdadero imno a la naturaleza, Kierkegaard nos orienta de una manera hacia la naturaleza que sabe guardar silencio y de la cual nosotros tenemos todavía mucho por aprender:

Callar puedes aprender allá fuera junto al lirio y al pájaro, donde reina el silencio y también algo divino en este silencio. Allá afuera hay silencio; no solamente cuando todo calla en la noche silenciosa, sino también durante el día entero cuando miles de cuerdas están vibrando y todo es como un mar de sonido [...] Allá afuera hay silencio. El bosque está callado; aunque susurro está callado. Pues los árboles, incluso donde se apiñan más, mantienen la palabra –cosa que los hombres rara vez hacen a pesar de las promesas dadas–: que

esto quede entre nosotros. El mar está callado; aunque se enfurezca ruidoso, está, no obstante, callado. (...) Y cuando el silencio reina al atardecer sobre el paisaje, y tú desde la pradera oyes un mugido lejano, o alejado del caserío oyes la voz doméstica del perro, entonces no debes afirmar que ese mugido o esa voz perturban el silencio, porque no lo perturban, sino que forman parte del silencio mismo y, en cuanto vuelven a estar de acuerdo tácito con él, misteriosamente lo aumentan. (KIERKEGAARD, 2009: 167)

A pesar del papel decisivo del silencio sobre el descubrimiento de la interioridad, así como sobre el verdadero sentido de la comunicación que significa, en el fondo, la capacidad de convertirse en oyenete, Kierkegaard es consciente que el ser humano, al no ser capaz vivir desde el silencio, vivirá lugar a lo que él llama “la situación trágica del silencio”(ROCCA, 2000: 78), refiriendo a lo que el mismo filósofo danés llama silencio demoníaco que está en relación con la desesperación, esta enfermedad mortal y “silenciosa” del espíritu sobre la cual habla, tras el seudónimo Anti-Climacus, en el escrito *La enfermedad mortal*. Según explica Anti-Climacus, el silencio demoníaco surge en el momento en el cual el hombre es incapaz de lograr relacionarse consigo mismo y asumirse en lo que es, es decir espíritu.

Al no ser capaz de elegirse a sí mismo, en el ser humano surge un silencio vacío, demoníaco, incapaz de comunicar. Este silencio vacío se instala en el corazón del hombre porque éste rechaza cualquier modo de relacionarse y no quiere ser un yo, no se quiere asumir en lo que él es. O, devenir espíritu, devenir yo es, para Kierkegaard, el telos fundamental, la tarea de toda existencia. El hombre no puede quedarse atrapado en la mera contradicción

entre realidad e idealidad, sino que la debe superar por medio de la elección y con este mensaje trata de recordarle al ser humano que lo más importante es ser sí mismo desde la interioridad. Pero primero el hombre debe saber que tiene una interioridad y debe saber escuchar el silencio que lo habita.

Este es mensaje de su escritura, un mensaje sutil y silencioso envuelto en la voz de sus seudónimos ya que para el filósofo danés el verdadero mensaje no se transmite en voz alta, sino solo en el ámbito del silencio donde tiene lugar la verdadera comunicación y comprensión.

3. Kierkegaard y Picard. El lenguaje y el valor del silencio

Hemos entendido que para el filósofo danés la auténtica comunicación tiene su fuente en el silencio por lo que no extraña que crea un seudónimo llamado Johannes de Silentio, un poeta que quiere comprender la fe por lo cual decide hacer un ejercicio de contemporaneidad cuyo sentido solo se entiende mediante el silencio, para comprender a Abraham.

La historia de Abraham es la historia misma del silencio. En resumen: Abraham, hombre sencillo, escucha en un día, desde el silencio la voz divina que le dice llevar a su hijo al monte Moriah para sacrificarlo. La condición que se impone, a la vez, con este mandamiento, es el silencio que se convierte en la prueba de Abraham. Como afirma Johannes de Silentio:

Abraham calla..., no puede hablar; es ahí donde residen la angustia y la miseria [...]. Abraham puede decir ahora las cosas más hermosas que es dado expresar por medio de una lengua, acerca de cuánto ama a Isaac. Pero no es esto lo que ocupa su corazón, sino algo más profundo, el



estar dispuesto sacrificar a su hijo porque es una prueba [...]. Abraham no puede hablar, pues no puede decir aquello que lo explicaría todo (lo que haría comprensible todo), no puede decir que es una prueba; y notemos esto; una prueba en que la tentación está consituída por lo ético . (KIERKEGAARD, 1998: 96-98)

El silencio es la prueba de la fe y, por lo mismo, *la tentación de la ética*. Recordemos que en le escrito *Temor y temblor*, existe un capítulo llamado “La suspensión teleológica de lo ético”, por lo que la suspensión representa el momento de silenciar la ética normativa que impondría a Abraham a hablar. Es más, si hubiera comunicado el mandato divino, para los demás Abraham hubiera sido visto como un criminal.

Pero a Abraham lo salva el silencio. Es decir, al escuchar la voz de Dios, Abraham empieza trascender los límites del lenguaje mismo. Por eso no puede hablar, porque al hacerlo sería justificar una acción que desde un punto de vista razonable no se justifica: es decir el sacrificio de su propio hijo. Aún así, Abraham cree en esta voz que le habla desde el silencio y le impone silencio, mostrando una fe en virtud del absurdo.

Mediante Abraham, Kierkegaard marca no solo los límites de la ética pero los límites mismos del lenguaje. Abraham no puede

usar un lenguaje razonable para justificar su gesto, porque el lenguaje es incapaz de expresar su vivencia, al contrario: “en silencio recogió la leña para el sacrificio y en silencio ató a Isaac; en silencio empuñó el cuchillo. Entonces vio el carnero que Dios había dispuesto” (KIERKEGAARD, 1998: 79).

En relación a esto, Kierkegaard tras Johannes de Silentio, nos dice que la ética como universal, debe quedar silenciada ante lo singular⁴; es decir, la fe que tiene Abraham es precisamente la paradoja de que el individuo singular está por encima de lo universal. Abraham, mediante el silencio y la fe, rompe con las reglas que sostienen las condiciones del mundo, y va contra ellas. Por lo mismo, como afirma de Silentio: “Abraham no puede, en absoluto, hacerse comprender por los hombres” (KIERKEGAARD, 1998: 47). Él obedece a un solo deber que es la expresión de la voluntad de Dios.

Entre Dios y Abraham hay algo, tan profundo y tan edificante, que es el silencio. La ética como universal no es capaz comprender este silencio incommunicable. Con el silencio, entre Abraham y Dios hay un secreto, por eso Abraham calla y se acerca a Dios con *temor y temblor*:

Solo con mucho temor y temblor puede el hombre hablar con Dios; con mucho temor y temblor. Más, hablar con temor y temblor

⁴ El planteamiento ético en Kierkegaard es muy complejo, peculiar y es difícil reducirlo a una breve explicación, pero de ninguna manera, al hablar de una “suspensión teleológica de lo ético” el filósofo refiere a que no haya ética o que cada quien tenga su ética. La crítica de Kierkegaard va hacia una ética abstracta normativista que no considera la persona, lo singular, como él lo llama. Es decir, en el caso de Kierkegaard el “deber por deber” no funciona, así como no funciona una ley ética universal a la cual el individuo se debe subordinar. Lo universal tiene sentido solo cuando es elegido por lo singular. En otras palabras, Kierkegaard no rechaza la idea de que debe haber una ley ética universal, pero esta ley tiene sentido y es válida cuando el individuo, la persona, la elige. Ponemos un breve ejemplo: cumplir con el deber de ayudar al prójimo. Para Kierkegaard si este deber yo no lo elijó, y lo hago por hacer o porque los demás lo hace, no tiene ninguna validez ética, ya que se vuelve un acto mecánico, artificial, que no produce en el individuo ninguna transformación; o la ética debe transformar, debe elevar, para el filósofo danés.

Max Picard y Søren Kierkegaard : el valor del silencio para la transformación de la interioridad

es por otra razón difícil; pues de la misma manera que la angustia aboga físicamente la voz, así también mucho temor y temblor hace que el lenguaje enmudezca silencioso. (KIERKEGAARD, 2007: 165)

De esta manera, Abraham se aleja de cualquier responsabilidad de hablar porque su responsabilidad es más alta: *es la responsabilidad de guardar silencio*; es su deber. Ante los ojos del mundo, Abraham decide realizar su deber íntimo para con Dios, un deber no impuesto desde afuera, como una norma universal, sino un deber elegido desde la intimidad de su ser, desde su interioridad. La ética de Abraham se transforma así en la ética del silencio cuya única ley es amar a Dios más que a su propio hijo. El dolor de sacrificar a su hijo es inexpresable, pero Abraham no llora, no habla de su pena⁵, sino que cumple en silencio el deber para con Dios y, por lo mismo, vive su propia resurrección.

El silencio hace que Abraham se ponga en situación de espera y dejarse interpelar por el Otro, que es Dios. Así es como el silencio es la condición de apertura total, cuando nos abrimos para escuchar al otro. Por eso para Kierkegaard el silencio de Abraham tiene un valor ético-religioso. Como afirma Johannes de Silentio:

Este silencio en sí mismo es algo espiritual y es una de las salvaguardas que asegura un refugio frente a la actualidad, un mundo exclusivo para sí mismo, un mundo donde el yo desesperado, lucha incansable y tormentosamente queriendo ser sí mismo. (KIERKEGAARD, 1998: 78)

Hasta aquí entendemos que en la historia de Abraham, el único mediador entre Dios y

el hombre de la fe es el silencio. Sin él, es decir sin este silencio, Abraham podrá haber escuchado a Dios. *Escuchar a Dios* significa regresar a Dios y este regresar es – en las palabras de Picard -: signo de que todo puede “*empezar otra vez; de que todo puede ser re-creado*” (PICARD, 1964: 84)

A través del silencio, Abraham tiene fe en virtud del absurdo y el silencio le enseña la paciencia que implica fe traducida en que “*todo puede empezar otra vez; todo puede ser re-creado*”. Así, guiado por esta fe que aprende del silencio, Abraham lleva a su hijo al Monte Moriah. Abraham no es un imitador de Dios, pero sigue la Palabra de Dios y se convierte en el padre de la fe, porque su fe es en virtud del absurdo. Él tiene fe en la posibilidad, porque Dios mismo es posibilidad. Él cree que:

¡Para Dios todo es posible! Esta es la lucha de la fe (...). Pues la posibilidad es la única que salva. (...) Estar sin posibilidades es como faltarle a uno el aire que respira. Ocasionalmente cualquier hallazgo de la fantasía puede bastar para abrirle paso a la posibilidad, pero en definitiva, es decir, cuando se trata de creer, lo único que ayuda es la seguridad que para Dios todo es posible (...). Pues la fe significa precisamente que se pierde la razón para ganar a Dios. (KIERKEGAARD, 1998: 70)

La fe de Abraham, como dice Kierkegaard, es algo que no descansa. En el camino y en la espera, el sufrimiento se transfigura en fe y esperanza. Y esta fe, mediada por la voz del silencio - de que “*todo puede empezar otra vez; todo puede ser re-creado*” - le devuelve a su

⁵ Precisamente aquí está la diferencia entre Abraham y Antígona. En su escrito *O lo uno o lo otro*, en el apartado llamado *El reflejo de lo trágico antiguo en lo trágico moderno*, Kierkegaard inspirado en la Antígona de Sófocles, crea su propia Antígona, que es una heroína del silencio. Antígona guarda silencio porque tiene la conciencia de la culpa, comparado con la Antígona antigua. La Antígona moderna vuelve la mirada hacia la interioridad, consagrando su vida al secreto y al silencio.



hijo y para Abraham todo empieza otra vez. ¿No es esta la verdadera repetición?

Tal vez sea por esto que no es una casualidad el hecho que Kierkegaard escribe *Temor y temblor* y *La repetición*, de tal manera que estos libros son publicados casi al mismo tiempo. La historia de este último es conocida desde el famoso *Libro de Job*, del Antiguo Testamento, pero la intención de Kierkegaard es hablar de Job que, desde su perspectiva, es sumamente humano en el sentido de que la agonía de Job es la agonía de cualquiera que sufre una pérdida. Afirma Kierkegaard mediante Constantin Constantius: “no hay en el Antiguo testamento otra figura a la cual podemos acercarnos con tanta naturalidad, confortamiento y confianza humanos como los que experimentamos al ponernos en contacto con Job. Precisamente porque en él todo es muy humano” (KIERKEGAARD, 1975: 175).

Lo peculiar de Job es que él lo pierde todo entonces Job está puesto a prueba por Dios. Aunque no parece pero la prueba de Job tiene que ver también con el silencio y la fe, igual que en el caso de Abraham. Después de varios días de lamentarse, de hablar con sus amigos, Job decide que lo único que le queda es el silencio: “Así se sentaron con él en la tierra por siete días y siete noches y ninguno le hablaba palabra, porque veían que su dolor era muy grande (JOB 2, 13). Es en este silencio que Job reflexiona sobre sí mismo, toma conciencia de la prueba de Dios y se da cuenta de que todo está en la prueba. El silencio le revela el hecho de que no hay nada más edificante que ponerse en la cercanía de Dios, tener fe y esperar. Solo así y debido al silencio y a la fe en virtud del absurdo, Job recibe otra vez todo lo que había perdido. Afirma Kierkegaard: “Job es bendecido en sus postrimerías y recupera, acrecentado hasta el

dúplo, todo lo que antes poseyera” (KIERKEGAARD, 1975: 188).

Job, como Abraham, tiene una importancia simbólica especial. Es un hombre que ha perdido todo lo que tenía, pero que recibe todo al doble. Él es un símbolo y, como Abraham, un prototipo del sufrimiento humano. En Job se encuentra, como en Abraham, el secreto de la repetición porque Job no busca a Dios en el exterior, sino que se da cuenta que Dios está en su amor, en el poder de su fe y así entiende que Dios le devolverá todo de nuevo para poder “*empezar otra vez*”. Y, de toda manera, Job sabe que sin Dios está perdido.

Los dos prototipos del sufrimiento humano, Job y Abraham, arriesgan todo y, por eso, reciben todo al doble y lo reciben aquí, en este mundo, en la mera inmanencia porque tienen fe. Esta fe de Abraham y Job es la verdadera, la auténtica, la que se logra entender a través de la resignación infinita; es la fe que se aprende desde la profundidad del silencio. Abraham y Job reciben todo de nuevo aquí en esta vida, en este mundo, porque supieron escuchar la voz silenciosa de Dios que les enseñó la fe.

No es una casualidad que Max Picard, por su lado, continúe este mensaje de Kierkegaard, afirmando que “hay una relación entre silencio y fe. La esfera de la fe y la del silencio pertenecen una a otra. El silencio es el ámbito natural en el cual se realiza la naturaleza de la fe” (PICARD, 1964: 228). Sin este silencio el hombre no puede acercarse al misterio que es Dios. Lo que queremos decir es que el silencio es tan de Dios, como el lenguaje es tan del hombre; pero solo este silencio que viene de Dios hace que el lenguaje tenga sentido.

De esta manera regresamos a la relación entre lenguaje y silencio; comunicación y silencio del cual nos habla también Picard. Esta relación se fundamenta en la manera en la cual Picard entiende el silencio en relación con la *Génesis*: la Palabra de Dios viene del silencio o es, en sí, el silencio. Picard afirma:

La contigüidad del silencio y el discurso es un signo de ese estado Divino en donde están perfectamente unidos. Era inevitable que el discurso debiera salir del silencio. Ya para Cristo la palabra divina bajo al hombre de Dios (...) el camino de la transformación del silencio en discurso fue trazado para todos los tiempos. (PICARD, 1964: 15)

Mas, la *comunión* entre el hombre de fe y Dios es mediada solo por el silencio y nadie puede interrumpir o interponerse. Esta palabra divina, es como bien dice Kierkegaard, el espejo en el cual uno debe verse a sí mismo, encontrarse a sí mismo. El hombre debe regresar al origen del lenguaje, allá, donde solo existía una sola palabra, una sola y única palabra.

Por otro lado, para Picard, el lenguaje es inseparable del silencio porque cada palabra que surge, no surge de la nada, sino del silencio; por esto, el silencio es el respiro del lenguaje, la fuente de donde se alimenta para que luego estas palabras regresen, de nuevo, con fuerza y con sentido. En otras palabras, el silencio se vuelve significativo en relación con la palabra; por esto no son opuestos, sino que representan una unidad: la palabra se hace comprensible desde el silencio y *viceversa*. Dice Picard: “Hay algo silencioso en cada palabra como un símbolo permanente del origen del discurso. Y en cada silencio hay algo del mundo hablado, como un símbolo

permanente del poder del silencio de crear discurso” (PICARD, 1964: 8-9).

En este sentido, y subrayando la relación entre silencio y lenguaje, la idea de Picard es que el hablar es opuesto al silencio, pero no como su enemigo, sino como su reverso, una continuación. En su escrito *El hombre y el lenguaje*, Picard ve el lenguaje como un regalo que le ha sido dado al hombre antes de haber empezado hablar; un regalo que viene fuera del hombre pero que existe para él. Entre el hombre y el lenguaje: una relación de libertad ya que, siendo el regalo para él, puede hacer uso de este regalo como quiere. En esta relación, el silencio es el intermedio. Como afirma Picard: “La seguridad y la calma del silencio humano proviene de la certeza de que el lenguaje siempre está esperando, listo para ser utilizado siempre que el hombre quiere” (PICARD, 1964: 2). Y es esta expresión de la relación entre lenguaje y silencio en la se fundamenta la comunicación entre Dios y Abraham. En su *Diario*, Kierkegaard anotó:

Tú hablas con Él también en tú silencio, puesto que Él también habla con quien está en silencio en orden de examinar al pupilo; Él también habla con quien está en silencio en orden de probar al amado; Él también habla con quien está en silencio en orden de que, a la hora de la comprensión, cuando ésta venga, pueda ser aún más hacia el interior (...) Padre en el cielo, ¿no es verdad que éste no es más que el momento del silencio en la intimidad de la conversación? (KIERKEGAARD, 1967: JP 3/304)

Entonces, el silencio es también la intimidad de una conversación porque él, este silencio, tiene el poder de sacar a la luz la fuerza de las palabras, expresar el amor que debe estar en cada palabra cuando se comunica. Pero en la comunicación con Dios, que es la oración, el silencio disuelve las palabras hasta que el lenguaje se pierde,



se desvanece, quedándose solo el *escuchar* traducido en el regreso hacia Dios. En este sentido, Max Picard afirmaba: “La oración puede ser de nunca acabar, pero la palabra de la oración siempre desaparece en el silencio” (PICARD, 1964: 231-232).

La oración es el recogimiento, el regreso hacia dentro, donde la palabra empieza con el silencio; la oración es la manera a través de la cual, como hombres, nos acercamos a Dios de manera íntima, necesitados de hablar solo con Él, sin dejar que nada se interponga. Esto porque la oración es el lenguaje silencioso que nos aleja de la mundanidad, del mundo de “los demás”, hacernos reflexionar sobre nuestra existencia, que nos invita a la contemplación de la existencia y precisamente es la oración la comunicación más honesta que se da entre el hombre y Dios, comunicación en la cual las palabras encuentran su sentido en el silencio. En la oración no hablamos, ni pedimos, sino que nos transformamos en oyentes del silencio a través del cual Dios habla con nosotros. Porque “rezar, auténticamente es tornarse silencioso y es buscar primero el reino de Dios (...) Antes opinaba que rezar era hablar; ahora he aprendido que rezar no es solamente callar, sino oír. Y ésta es la pura verdad; rezar no es oírse hablar a sí mismo, sino llegar a callarse y, permaneciendo callado, aguardar: hasta que el orante oiga a Dios” (KIERKEGAARD, 2007: 166).

El lenguaje necesita disolverse en silencio para poder acercarnos a Dios y es en la oración dónde se refeja, de la mejor manera, este aparecer y desaparecer del lenguaje, para que el hombre se convierta en oyente del silencio.

En el año 1851, poco antes del final de su vida, Kierkegaard escribe una obra que no publicó en vida: *Para un examen de conciencia*,

una obra escrita, desde nuestro punto de vista, para la mujer subrayando su importancia en relación con lo ético-religioso. El tema del escrito es el silencio. No analizaremos aquí todo el escrito, pero nos gustaría especificar el hecho de que Kierkegaard, a la hora de escribir esto, parte de las palabras de San Pablo: “Y tú, ¡oh mujer!, incluso si eres poco locuaz en tu seductor silencio⁶ si “tu vida expresa aquello que haz escuchado, tu elocuencia es más poderosa, más verdadera y más persuasiva que todo el arte de los oradores” (KIERKEGAARD, 2008: 52). La mujer está dotada con una virtud peculiar que hace de *ella una oyente de la Palabra de Dios*. Una idea semejante puede intrigar. Pero vamos a tratar de comprender qué quiere decir Kierkegaard con la idea de que la mujer tiene como virtud *el silencio*.

El silencio es el velo de la interioridad, y es a la mujer a quien le corresponde cubrir su belleza con este velo para así hacerla más seductora. Si uno de los atributos de la naturaleza femenina es la belleza, ésta, al estar en relación con el silencio, se hace mucho más fuerte. En este sentido, la presencia del silencio requiere un continuo obrar; el silencio no aparece una vez para siempre, es como la fe y “la fe es algo que no descansa” (KIERKEGAARD, 2008: 57). De la misma manera, el silencio debe ser hecho presente, y éste es el obrar de la mujer en su hogar.

¿Qué significa su silencio? [...] ¿Qué significa este silencio, qué estás pensando? A lo mucho puede que mencione evasivamente, ¿vendrás conmigo a la iglesia el domingo?- y después hablará de otras cosas. ¿Qué significa su silencio? (KIERKEGAARD, 2008: 85)

⁶ San Pablo, *Corintios* 14:34

Para Kierkegaard no basta con callar una sola vez, sino que el trabajo de la mujer es verse cada día en el espejo de la palabra para no engañarse a sí misma. En este sentido cita las palabras de Santiago: “Poned por obra la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno se contenta con oír la palabra sin ponerla por obra, ése se parece al que contemplaba sus rasgos disonómicos en un espejo: efectivamente se contempló, se dio media vuelta y al punto se olvidó de cómo era”⁷.

Es mediante el silencio que una mujer puede pasar de la inmediatez, de lo estético y a lo religioso, a escuchar la Palabra Divina. ¿Por qué la mujer, puede escuchar más la Palabra? Porque en la mujer hay más angustia. Así como en Abraham la angustia acompaña su silencio, así en la mujer la angustia potencia su silencio. Por eso, el prototipo por excelencia de la mujer cuya virtud es el silencio es la Virgen María, sobre la cual Kierkegaard habla en su escrito *Temor y temblor*:

Es cierto que María alumbró un hijo de modo milagroso, pero lo tuvo del mismo modo que las demás mujeres, en el tiempo de la angustia, la miseria y la paradoja. (...) María no necesita de la admiración del mundo, del mismo modo que Abraham no necesitó de las lágrimas; pues ni ella fue una heroína, ni él un héroe; si llegaron a ser más grandes que los héroes no fue porque se libraron de la miseria, el tormento y la paradoja sino porque alcanzaron la grandeza precisamente por medio de ellos. (KIERKEGAARD, 1998: 55)

La grandeza de la mujer está en el hecho de que se angustia más; por vivir esta angustia, ella se transforma en “el oyente”.

Así como la Virgen ocultó las palabras en su corazón, la mujer oculta las palabras en su corazón como su tesoro. Pero, ¿qué es lo que ella oculta? ¿Qué hay detrás de su silencio? Esta es la paradoja: la angustia y el amor, la contradicción entre el espíritu y el mundo. La manifestación de la angustia, del espíritu y del amor, necesita del silencio. Mediante el silencio, la mujer no solo escucha la Palabra, no solo se ve reflejada en la Palabra, pero en silencio puede escuchar al que tiene en cercanía, a su esposo, a sus hijos, y esta escucha es un acto de amor, una entrega total al otro.

Intentar buscar el reino de Dios puede hacerlo el ser humano si aprende a callar y hacerse profundamente silencioso ante Dios. Aquí está el hombre frente a Dios, con temor y temblor, con la angustia que hace que el “lenguaje enmudezca silencioso” (KIERKEGAARD, 1998: 165). Con esto, Kierkegaard nos dice todo: el lenguaje necesita disolverse en silencio para poder acercarnos a Dios. El lenguaje viene del silencio y necesita regresar en este silencio, como dice también Picard. El lenguaje es para Kierkegaard como un eterno secreto que el silencio nos lo comunica como un testigo indirecto. Porque el lenguaje solo puede manifestarse en la presencia de este testigo.

¡Que en silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de cómo te llamas, de tu propio nombre, del nombre famoso o miserable, o insignificante para pedirle a Dios en silencio: “Santificado sea tu nombre”! ¡Que en silencio llegases a olvidarte de ti mismo, de tus planes, tan grandes, de tus planes que todo lo abarcan, o de los restringidos planes que se refieren a tu vida y a tu porvenir, para pedirle a Dios en silencio: “Venga a nosotros tu reino”! ¡Que en silencio llegases a olvidar tu propia voluntad, tu capricho para pedirle a Dios en silencio:

⁷ Santiago 1:22.



“Hágase tu voluntad”! (KIERKEGAARD, 2007: 172)

A pesar de esta fuerza del silencio, Max Picard observaba el triste hecho de que “hoy, el hombre ha vuelto la espalda a la Palabra eterna y las palabras tienen dificultad para llegar a otras personas” (PICARD, 1964: 9). La consecuencia es la falta de comunicación y de diálogo y, por tanto, falta de relación personal ya que lo eterno presente en el lenguaje representa en el fondo la base de todo encuentro humano.

Para Picard lo eterno está siempre presente en el lenguaje y cada vez que nos comunicamos “baja” en el lenguaje humano y logra borrar toda diferencia que hay dando lugar a una relación intersubjetiva. Por eso se da la comprensión, porque los hombres hablan unos al otro desde esta relación que es unidad. Cuando no hay comunicación, diálogo, y lo que prevalece son las diferencias y la violencia creándose así un lenguaje artificial limitado a un mundo estéril de necesidades y separado completamente de lo eterno. “Este tipo de lenguaje conduce a una tensión nerviosa [*Verkrampfungen*] y psicosis, reduciendo a muchos hombres a ser una máquina explicable” (PICARD, 1964: 12). Por eso critica a Leibniz quien, al crear un sistema basado en símbolos matemáticos, que en el fondo es un sistema artificial, penso lograr un “lenguaje universal” que, a consideraciones de Picard, nos ha empobrecido y llenado de grietas. Estas grietas nos han enajenado tanto que ya no sabemos quiénes somos: inteligible para nosotros mismos, alejados del silencio del cual venimos.

Esta idea la expresaba también Kierkegaard cuando en su escrito *La época presente*, lamentaba el apego de los seres humanos a la charla vacía, afirmando:

¿Qué es charlar? Es la abolición de la apasionada disyuntiva entre callar y hablar. Solo aquel que esencialmente sabe callar, puede esencialmente hablar; solo aquel que esencialmente sabe callar, sabe esencialmente actuar. El silencio es interioridad. La charla se anticipa a un hablar esencial y así la expresión de la reflexión debilita desde antes la acción (...). Cuando el gran acontecimiento ha pasado, cuando emerge el silencio, todavía hay algo que recordar... La charla teme al instante del silencio, que hace evidente el vacío. (KIERKEGAARD, 2001: 82)

Si el lenguaje es reducido a un mero instrumento para la transmisión de información útil, el silencio sería pura vacuidad. Tanto Kierkegaard como Picard advierten el peligro de reducir el lenguaje a algo útil ya que hacer esto significaría reducir nuestra propia esencia a la mera utilidad y esto sería una auto-aniquilación y el filósofo suizo lamentaba el hecho de que “hoy en día, con la falta de silencio, el hombre no puede ser re-creado; él solo puede desarrollarse. Es por ello que se ha dado mucho valor al desarrollo actualmente. Pero el desarrollo no toma el lugar del silencio” (PICARD, 1964: 58).

Si no sabemos crear un ámbito de silencio, si no sabemos vivir desde el silencio, no podemos recrear nuestra vida, solo nos desarrollamos en virtud de lo que está allí, afuera, pero no nos edificamos, no crecemos en espíritu, ya que solo a través del silencio llegamos a vivir el significado divino de la realidad que nos hace reflexionar acerca del sentido de la misma.

4. Breves conclusiones

Entendemos que para Picard, igual que para Kierkegaard, el silencio y el lenguaje son manifestaciones de lo eterno ya que el “lenguaje salto fuera del silencio llegando a ser” (PICARD, 1964: 22). Kierkegaard,

Max Picard y Søren Kierkegaard : el valor del silencio para la transformación de la interioridad

crítico de la charla vacía, y Picard, un crítico de la utilidad del lenguaje, comprendieron que el lenguaje representa un regalo sin precio para el ser humano, pero que solo lo puede vivir y comunicar si está en relación con el silencio. Para los dos el lenguaje es la esencia del ser humano, es la encarnación de la pasión interior que requiere ser comunicada, pero esta encarnación de la pasión se da a través del silencio, y la comunicación es una comunicación en silencio. Como dice Kierkegaard, el silencio es algo que siempre debemos tener presente, porque puede ser nuestro mejor maestro. “Aprende el silencio y enseña el silencio” decía Kierkegaard como casi un “imperativo categórico”.

Es por lo mismo que tanto Picard como Kierkegaard coinciden en la idea de la única manera de no perder nuestra esencia es creando espacios de silencio. Desde nuestro punto de vista, Kierkegaard y Max Picard, son unos de los pocos pensadores que exploran el ámbito del silencio, pero también del lenguaje, categorías fundamentales para la comprensión de la estructura del ser humano. Para ambos el silencio tiene un poder transformador ayudando al hombre descubrirse a sí mismo, participar a la existencia, convirtiéndose en un oyente de lo divino, recordándonos que tras las paredes que construyen las palabras, paredes que separan y rompen, siempre hay algo: *es el silencio desde el cual nos podemos “re-crear” una y otra vez.*

Referencias bibliográficas:

KIERKEGAARD, Søren, *Journals and Papers*, Indiana: Indiana University Press, 1967.

KIERKEGAARD, Søren, *Letter and Documents*, Princeton: Princeton University Press, 1978.

KIERKEGAARD, Søren, *Migajas Filosóficas*, Madrid: Trotta, 2007.

KIERKEGAARD, Søren, *Temor y temblor*, Madrid: Ed. Técnos, 1998.

KIERKEGAARD, Søren, *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Madrid: Ed. Trotta, 2007.

KIERKEGAARD, Søren, *La época presente*, Santiago de Chile: Ed. Universitaria, 2001.

KIERKEGAARD, Søren, *La enfermedad mortal*, Madrid, 1998.

KIERKEGAARD, Søren, *In vino veritas. La repetición*, Madrid: Guadarama, 1975.

KIERKEGAARD, Søren, *Para un examen de conciencia. Juzgar por ti mismo*, Universidad Iberoamericana, México, 2008.

PICARD, Max, *The World of Silence*, Chicago: A Gateway Edition, 1964.

PICARD, Max, *Man and Language*, Chicago: A Gateway Edition, 1963.

VIRASORO, M., *De ironías y silencios*, Barcelona: Ed. Gedisa, 1997.

Antropology and Authority. Essay on Søren Kierkegaard, Edited by Poul Houe, Gordon Marino and Sven Hakon Rossel, Amsterdam-Atlanta: Rodopi, 2000.